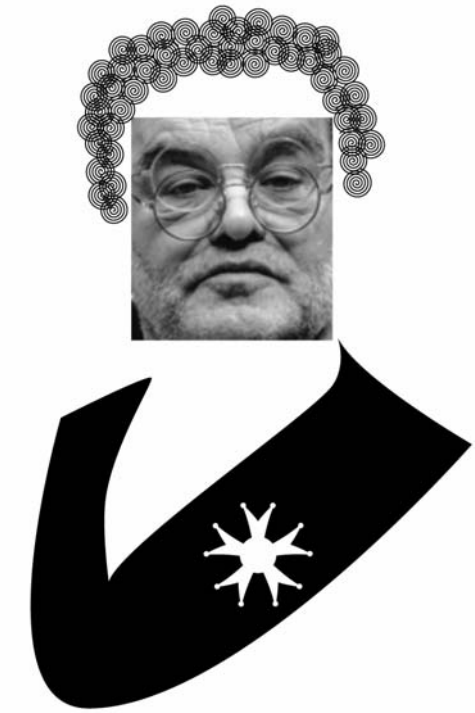
Fernando Arrabal,
«Chevalier de la Legion D'Honneur»

Robert Dengler Gassin
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, CÓNSUL (A. H.) DE FRANCIA



Estas líneas sobre Arrabal me llevan a escudriñar en el yo que era hace cuarenta años para trasladar al papel recuerdos parisinos y estudiantiles cuando formaba parte del Grupo de Teatro de la Sorbona. Este papel lo firmará aquel mismo yo tan idéntico y tan distinto hoy. También Arrabal: igual de jovial, de occurente y espontáneo. Y de loco, lo dice él, porque es la condición del auténtico artista. Lo comprobé en una visita que realizó a Ciudad Rodrigo siendo ahora Caballero de la Legión de Honor, la más ilustre condecoración francesa, creada por el propio Napoleón ¿Qué habría pensado de ello Arrabal hace cuarenta años?

He vuelto a leer unos escritos suyos de aquellos años; se desprende de ellos entusiamo, lo habita un dios que le infunde alegría, risa comunicativa. Será este el privilegio reservado a algunos hombres realmente libres (creo que Fernando significa 'hombre libre'). Me veo pues cuarenta años atrás ensayando una obra de Arrabal, *Guernika.* Era el trece de mayo de 1968. Habíamos estado toda la tarde ensayando, combinando efectos de colores, luces y ruidos —bombardeo, tiroteos, gritos, llantos, lluvia, truenos, y besos o palabras de aliento y amor—. Me gustaba el teatro, la complicidad del público. ¡Qué tiempos!

Aquel día, 13 de mayo de 1968 tuvimos que salir por «l'issue des artistes». El Institut estaba cerrado a cal y canto. La *rue* Gay-Lussac ya no tenía adoquines. Habían servido para levantar barricadas. Lo mismo pasaba en el *boulevard* Saint-Michel, a escasos metros. Se suspendieron casi todos los ensayos. Con todo, representamos la obra en julio. Aproveché ese tiempo para leer más obras de Arrabal, esperando que con más lecturas del dramaturgo me resultara más fácil entrar en ese juego teatral. Poco conocedor del teatro de vanguardia, admitía sin dificultad una puesta en escena «progre», pero el texto y la acción tenían que respetar las famosas reglas clásicas. Con el teatro de Arrabal me parecía que había introducido el demonio en casa. ¿Cómo invitaría a mi padres a ver esa obra? No recuerdo, pero creo que no fueron. Salíamos cansadísimos de los ensayos de *Guernika,* vivíamos la destrucción, la barbarie, el amor de aquella vieja pareja —parecían niños— pisoteado, arrancado de su jardín secreto. Y el árbol de *Guernika,* verde sobre fondo gris, del cuadro de Picasso.

Terminó la representación. Arrabal se subió al escenario fundiéndose en un abrazo con sus actores. El público tuvo que esperar a que se aquietaran los ojitos del autor, redonditos, como los rizos de su frondosa caballera; se le veía feliz, *fou de joie,* agradecido como un niño. Aquel niño es hoy todo un Caballero de la Legión de Honor. Exclama, al recibir la condecoración de manos de Jack Lang, ex Ministro de Cultura del gobierno de Mitterrand: «¡Qué suerte!». Dicen, y es verdad, que a los franceses nos gustan los símbolos, los emblemas de la República, su bandera tricolor, la Legión de Honor, la Marsellesa, la Escuela Pública. Y nos gusta que Francia siga siendo considerada *Terre des Arts* que sabe reconocer el genio de hombres como Arrabal, Picasso, Miró, Dalí. Sin dejar ninguna duda sobre su identidad española, esos hombres supieron enriquecer en París su personalidad, su fantasía creadora, su talento universal agudizados, seguramente por la lejana y nostálgica patria, en un crisol donde se fue fraguando durante siglos una cultural universal respetuosa de los grandes valores estéticos y éticos. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

fundación autor · SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES Y EDITORES · MINISTERIO DE CULTURA · INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA